

Sobre la ciencia en España

Andrés Moya

La humanidad actual no puede sostenerse sin la ciencia. Con independencia de especificar cuáles son los muchos componentes que entran en su definición se puede afirmar, sin ningún género de dudas, que la ciencia contribuye al bienestar humano. Ortega y Gasset lo manifestó claramente cuando afirmaba que tanto la ciencia como la técnica están para proporcionarnos bienestar, algo que va más allá de las necesidades de las personas para su supervivencia. El bienestar, en cierta medida, define la dignidad humana. No se trata de sobrevivir, sino de vivir bien y la ciencia contribuye de forma irreversible, como ninguna otra actividad, al bienestar humano. ¿Cómo no va a ser una inversión de futuro si lo ha sido, de forma creciente, en el pasado y lo es en el presente? Lo único que puedo manifestar cuando, de forma recurrente, los científicos tenemos que volver a recordar, con hechos y cifras, el necesario sostenimiento del quehacer científico, es que algo preocupante debe estar ocurriendo en nuestro país en otras instancias, digamos que políticas, por su real y objetiva falta de convencimiento. Un análisis detallado sobre la percepción que nuestra clase política –me refiero a aquella que tiene en sus manos el poder ejecutivo– tiene sobre la ciencia comparada con la de países de nuestro entorno, probablemente nos arrojaría algunas luces sobre los motivos por los que considero que la ciencia no es una cuestión de Estado en España.

Nada nuevo se está descubriendo cuando se recomiendan diferentes líneas estratégicas de actuación para consolidar la ciencia española; por citar algunas: las mejoras de la educación primaria y secundaria, la reforma de la universidad, la creación de un organismo autónomo para la gestión de la ciencia o la búsqueda de modelos eficaces de interrelación de la ciencia con el sector productivo. Pero, en realidad, tengo la percepción de que nos encontramos en un lugar de comunes, formulando recomendaciones cuyos efectos para llevarnos por la senda apropiada son de sobre conocidos. Frente a esta situación, repito, donde las soluciones están formuladas y se han aplicado con éxito en algunos países, se nos viene encima una tozuda presión recurrente por parte de la clase política que parece arrojar dudas sobre la trascendencia de la actividad del científico en nuestro país. Tal es así que muchos de sus integrantes llegan a cuestionarse si nuestro trabajo no es algo más propio de diletantes por el que, además, se nos paga.

Pero apliquemos método y racionalidad: ¿cómo vamos a incrementar la excelencia que se reclama a la ciencia española por parte de los gestores políticos

si la clase media de los científicos está en proceso de extinción? No se sostiene, porque nunca se ha observado en países con tradición y desarrollo en ciencia, que puedan aparecer y mantenerse picos de excelencia sin la debida nutrición de una masa media de científicos. Solamente hemos de pensar que la calidad de la ciencia en España sigue una distribución normal estadística: habrá un porcentaje bajo de la distribución con poca calidad, una zona central con mayor porcentaje de calidad media y otra zona de alta calidad o excelencia también con un porcentaje bajo. De lo que se trataría, por tanto, es alcanzar un aumento paulatino de la media de calidad. Con ello lograríamos, también, el incremento de los picos de excelencia que albergarían desde premios Nobel a innovaciones de gran calado económico. No vale aquello de «o la excelencia o nada» como justificación a un presupuesto para la ciencia delgado en lo público y raquítrico en lo privado. ¿Quién ha inventado ese modelo? El fomento de la cultura y la educación (otra cuestión de Estado) son fundamentales para que la ciencia prenda en la sociedad y nos garanticemos, así también, que el poder ejecutivo esté instruido en ciencia.

Es un craso error pensar que no ha existido tradición o nos ha faltado capacidad para la ciencia en nuestro país. La tuvimos con el Imperio y aunque fue menguando con el paso de los siglos pudo haberse reconstituido con la Ilustración, la industrialización, durante los años de la República o con la restauración de la democracia. Me gusta imaginar un país pleno en cultura y ciencia si determinados intentos en esos periodos, fallidos por diferentes motivos, hubieran tenido el debido éxito. A día de hoy no estaríamos donde nos encontramos. Y fijense que indico también el momento de la recuperación de nuestra democracia. Se dieron pasos fundamentales en su inicio, se recogieron ideas y experiencias que fueron puestas en marcha por ilustres predecesores e instituciones del siglo XX. Es una falacia, por lo tanto, afirmar que no estamos preparados o no somos aptos como pueblo para la ciencia. Momentos hemos tenido donde hemos podido demostrar lo contrario. Eso sí, también debemos aprender de los errores para así poder adoptar medidas promotoras de ciencia en la educación y la cultura del país. Santiago Ramón y Cajal afirmaba que al carro de la cultura española le faltaba la pata de la ciencia porque él también percibía, en su tiempo, la falta de una adecuada instrucción en ciencia en su querido pueblo.

Hemos asistido durante la última década a la puesta en marcha de centros públicos y privados de investigación, desarrollo e innovación de primer nivel, así como a la implementación de políticas a medio y largo plazo de fomento de la investigación en determinadas comunidades que han dado unos frutos sorprendentes, maravillosos y esperanzadores. ¿Por qué, entonces, nos preguntamos en el día de hoy cómo salir del atolladero en el que la ciencia española se encuentra? Porque con independencia del análisis crítico y la propuesta de soluciones con programas de actuación a medio y largo plazo, algo parece que nos falla siempre, particularmente en periodos críticos, a saber: una cierta visión, casi diría que cosmovisión, por parte del poder ejecutivo sobre su real creencia en las exce-

lencias de la ciencia patria y su capacidad para generar conocimiento, riqueza y bienestar.

El mundo de la ciencia y el mundo de la política van a velocidades distintas y se nutren, como sostenía Max Weber, de aspiraciones diferentes, legítimas por otro lado. Pero tienen un objetivo común indiscutible: promover el bienestar humano. Por lo tanto, ambos mundos no solamente deben conocerse y retroalimentarse, que eso ya se hace con suerte desigual en según qué países, sino entenderse. No obstante, considerando la idiosincrasia del nuestro y el atolladero recurrente en el que se sitúa la ciencia en él, apuesto por algo genuino: promover la incorporación de científicos a la política ejecutiva y, por qué no, de políticos a la ciencia.

.....
ANDRÉS MOYA es catedrático de Genética en la Universitat de València y director científico de Fisabio-Salud Pública. Autor de *Naturaleza y futuro del hombre* (2011) y de *El cálculo de la vida* (PUV, 2014), ha recibido recientemente el Premio México de Ciencia y Tecnología.